

Graham Greene

o la ambigüedad

JUAN JOSE COY, S. J.

Una de cal y otra de arena. Después de dos "entertainments", como el propio autor las llama, después de *The Quiet American* y después de *Our Man in Havana*, Graham Greene volvió —como es tópico decir— por sus fueros. Sus fueros son la problemática religiosa y espiritual que hoy nos toca vivir, la hondura —hasta el misterio— de la fe, de la esperanza, de la caridad. Greene volvió, en frase de alguno de sus críticos, "más greeneano que nunca". Pero para hablar de esta novela hay que calzarse bien, para opinar con ciertas garantías de hacerlo con inteligencia y sensibilidad es preciso tentarse mucho la ropa. Dijo uno de los comentaristas de esta novela y de la problemática que plantea algo verdaderamente interesante. Pues hubo críticos que interpretaron *A Burnt-out Case* como una duda de fe de parte de su autor; otros, la apoteosis de la misma fe. Y refiriéndose a estos dos puntos extremos, el citado comentarista aseguraba con mucha razón que "existe entre una y otra visión de la obra una amplia gama de interpretaciones correspondientes a los diversos niveles de lectura que la intencionada construcción greeneana permite y aun demanda". Es exacto. Sumamente perspicaz. Pero, por desgracia, quien así escribía vio los toros desde la barrera. Apuntando la posibilidad de múltiples interpretaciones, no ensayó ninguna. O apenas esbozó una, mejor dicho. ¿Cuáles pueden ser esos diversos niveles de lectura que la obra de Greene permite y aun demanda? A este intento correspon-

de nuestro esfuerzo de hoy. Al lanzar un veredicto uno se arriesga, naturalmente. Uno puede equivocarse o puede acertar. No se equivoca, ciertamente, quien nada arriesga.

A *Burnt-out Case* puede comentarse desde diversos puntos de vista, esos niveles de lectura a los que el comentarista varias veces mencionado se refería. El primero de ellos, el más elemental, se refiere a la peripecia. El segundo, a los personajes. El tercero, a la combinación de personajes y peripecia, es decir, a la estructura novelesca usada por Greene. El cuarto y supremo de ellos, aquel pretendidamente ambiguo —tan ambiguo como la intención misma del autor— se refiere ya a la interpretación del simbolismo que los personajes, la peripecia y la estructura encierran. En los tres primeros casos no habrá excesivas dificultades, uno piensa. El cuarto caso ya es diferente. El cuarto caso, la cuarta posibilidad, ese cuarto nivel de lectura, es la médula de la obra. Uno hará lo que pueda.

I.—LA PERIPECIA.

A *Burnt-out Case* es una novela de aventuras. Punto de arranque. Como puede parecer una novela de aventuras, pongamos por caso, esa extraordinaria novela de Joseph Conrad, *Heart of Darkness*. El aspecto físico de ambas peripecias ahí está, asequible para lectores de 15 años —sean éstos rigurosamente cronológicos o mentales—. Un famoso arquitecto de iglesias, que trata de tú a Le Corbusier y se

permite calificar a Matisse de aficionadillo, va perdiendo todo paulatinamente. Primero se asqueó de su propia vocación profesional; luego, de su vocación pasional —deseando y consiguiendo la mujer del prójimo hasta que le vino la saciedad—. Luego, por fin, obviamente, se asqueó también de su fe. Se encierra entonces en una leprosería en el corazón de la oscuridad africana, pero allí un mojigato irritante trata de utilizarlo y explotarlo como si fuera un santo; un periodista intenta sacarlo del anonimato voluntario en que se ha encerrado; otro Padre de la leprosería lo idolatriza —para denostarlo después, como es lógico—. Finalmente, una muchachuela "inocente" —entrecomillada la palabra por el hondo significado que el autor le adjudica— se vale también de él para evadirse de su propio aburrimiento, del que le proporciona su marido, y de una vida que le repugna. Dos balas acaban con su vida. Querry muere, cumpliendo por fin su deseo de quedarse para siempre en aquel retiro libremente escogido. Ese es, a grandes líneas, el argumento del relato. El más superficial género de lectura que la obra de Greene permite. Pero, naturalmente, uno no puede quedarse ahí. Estrechemos un poco más el círculo. ¿Cuáles son las características de los personajes que nutren esta peripecia?

II.—LOS PERSONAJES.

Aunque éste sólo fuera el valor de la novela de Greene que comentamos, ya merecería la pena ser leída y dedicarle nuestra atención. Porque los diversos caracteres que aparecen en *A Burnt-out Case* están trazados con una justeza admirable, matizados con arte insuperable, presentados con un verismo y una fidelidad que no son, en este caso, sino una nueva virtud del genial novelista inglés.

El comprensivo Padre Superior; ese irritante Father Thomas; el Doctor Colin; el periodista Parkinson; por fin, el matrimonio compuesto por Rycker y su esposa Marie. Sobre cada uno de ellos en particular, sin duda alguna, se podría escribir un análisis minucioso y completo. Sus características temperamentales, sus palabras y reacciones, su manera de ser y de pensar. Y sirviendo de contraste a todos ellos, Querry, el protagonista.

Querry, como veremos en otros contextos, es un personaje complejo, rico de matices y posibilidades. Aparte de esta figura profundamente interesante, cobra especial interés y relieve el proceso espiritual del Padre Thomas y muy semejante a él la crisis también de carácter interior por la que atraviesa M. Rycker. Ambos, cada uno a su manera, y por distintas razones, idolatran la figura de Querry. Pero es muy cierto aquello que también Graham Greene nos ha demostrado en uno de sus magistrales relatos cortos. Cuanto más se idolatriza a alguna persona o cosa, artificialmente ensalzada, tanto mayor es nuestro desprecio posterior, nuestra desilusión, nuestro desencanto. Dios no hay más que uno. Los demás, seres o cosas, que quizá momentáneamente y por cualquier circunstancia endiosamos en nuestros corazones, acaban como el mayordomo del relato a que hemos hecho referencia: convirtiéndose en el ídolo caído. Querry llega a ser arbitrariamente idolatrado por estos dos hombres. Y tan injustamente, tan sin fundamento como ha sido ensalzado, será después deestado. Es fenomenal el grado de perfección en la génesis y en el desarrollo —también en la conclusión— de la crisis que se le plantea al Father Thomas y de la paralela y parecida por que atraviesa M. Rycker. Con ellos, Madame Rycker, una chiquilla aparentemente inofensiva e inocente... Pero hay que llevar cuidado con ella:

—¿Puedo rogarle, señor Querry, que de ahora en adelante se abstenga en absoluto de aparecer por aquí?

—No es necesario que me lo pida. Pero tengan mucho cuidado ustedes mismas con ese pequeño paquete de dinamita que tienen ahí.

—¡Pero si es una pobre e inocente niña!...

—¡Oh, inocente!... Me atrevo a decir que tiene razón. Dios nos libre de toda inocencia. Por lo menos, los culpables saben lo que se llevan entre manos."

Es difícil resistir a la tentación, pero es necesario ahora pasar de largo sin más insistencia y sin recurrir a los textos precisos —que son, a fin de cuentas, los que prueban o dejan de probar— para, una vez indicado este segundo nivel posible de lectura, comentar brevemente el tercero.

III.—LA ESTRUCTURA NOVELISTICA.

Es decir, la combinación de personajes y peripecia. O si se prefiere en otras palabras, la dosificación de la acción de los personajes de acuerdo con la marcha general del relato. Uno no recuerda quién decía que en la verdadera novela, en la buena novela, ninguna página debería tener valor independiente en sí misma. Sino que todas y cada una de ellas deberían resultar el paso previo indispensable para desembocar en la última. Pocos autores cumplen tan perfectamente esta dosificación, pocos novelistas tienen tal habilidad para la organización de sus novelas como Graham Greene. Una habilidad que participa de la del escritor de novelas policíacas —no en vano él mismo lo ha sido—; y que pretende imitar, sobre todo y muy fundamentalmente, la gran verdad, el máximo exponente del *suspense* que lo constituye, precisamente el desenlace, estremecedor por sus consecuencias, de la vida humana, desde el punto de vista de su salvación o su condenación eterna. La lucha entre bien y mal o, dicho en términos legítimos hablando de Greene, entre pecado y gracia, es el meollo sustancial de las mejores de sus estructuras novelescas. De este tremendo dramatismo interior que el autor vive con respecto a sus personajes se deriva como una consecuencia espontánea el mismo enorme dramatismo de sus acciones de ficción. Al fin y al cabo es muy cierto, como dijo Flaubert y parafraseaba Ortega, que la forma sale del fondo como el calor del fuego.

Ya hemos visto, sin lugar a dudas, cómo el simbolismo de esta nueva forma de lectura nos ha salido de modo espontáneo. La lucha entre pecado y gracia o más concretamente entre pecador y Dios. Eso que da sentido al engranaje novelístico de Graham Greene nos da pie para pasar, para intentar esbozar, el cuarto y último nivel de posibilidad en el comentario de esta extraordinaria obra de arte. Entramos en el terreno ya más resbaladizo de las suposiciones, de las interpretaciones, de las posibilidades. ¿Qué ha pretendido expresar Graham Greene con la realidad que *A Burnt-out Case* presenta?

IV.—HACIA UN ENSAYO DE INTERPRETACION.

La novela de Greene es esencialmente ambigua —como, por otra parte, son la mayoría de sus mejores creaciones—. *A Burnt-out Case* no es una excepción a esta regla casi general de sus "novels" —dejamos aparte de esta generalización los "entertainments".

Pero los esfuerzos de interpretación que a continuación van a quedar esbozados entiéndase bien que ni pueden ni deben ser meras arbitrariedades o meras opiniones subjetivas sin fundamento objetivo alguno. No, por el contrario, cada una de estas posibilidades interpretativas lleva el fundamento de aquellos datos, extrínsecos o intrínsecos a la obra misma, que den pie razonable para emitir estos juicios. Vamos a ver algunas de estas posibilidades —llegando ya al cuarto nivel de lectura del que venimos hablando desde el comienzo—.

Efectivamente, como ha quedado comprobado, para llegar al fondo del problema en obras de este tipo son necesarios círculos y más círculos, con trompetas o sin ellas —y eso ya depende del afán filarmónico de cada cual—.

a) La opinión del autor:

"Esta no es una novela de tesis, sino un intento por dramatizar varios tipos de creencia, medio-creencia e infidelidad, en un género de escenario, lejos de preocupaciones políticas o domésticas donde tales diferencias se sienten de forma aguda y en cuyo contexto adquieren su plena expresión."

Según esto, *A Burnt-out Case* sería, simplemente, una exposición intuitiva, artística, genialmente conseguida, de varios tipos de creyentes, medio-creyentes y no creyentes. Pero en seguida surge un problema interesante y que resultará fundamental siempre en cualquier tipo de interpretación: ¿de qué lado cae Querry, el protagonista? El se tiene por incrédulo; el doctor Colin lo considera, por el contrario, como creyente —muy sui generis, pero creyente al fin—. Y ésta es la ambigüedad fundamental que habremos de encontrar, obstruyendo nuestro paso, en cada intento de nueva delimitación. Por lo que a los demás personajes se refiere ya no hay dificultad: Rycker

y su mujer, los Padres de la leprosería, Parkinson, las monjas, el doctor Colin... Todos quedan sin lugar a dudas de uno u otro lado de la vertiente. Creer o no creer es el dilema. Pero en el caso de Querry —que es el meollo de la obra— el dilema queda sin respuesta, sin solución.

b) La opinión del protagonista:

“Había una vez...”. Querry comienza a contarle a Marie Rycker la noche en que inocentemente conviven en el hotel de Luc, una historia, una parábola, una metáfora. Una imagen alargada entre vaso y vaso de whisky hasta el amanecer. Esa podría muy bien ser la clave del enigma, esta ficción dentro de la ficción. Expresando el protagonista mismo sus opiniones, sus impresiones, el sentido de su comparación, tendremos sin lugar a dudas el sentido de la ficción mayor, de la que encierra a esa otra breve narración. Un joyero, amigo del amor, un rey... El arquitecto, su donjuanismo inveterado, Dios. El joyero pierde su afición, pierde sus amores —o más radicalmente su posibilidad de amar—, y deja de creer en su rey. El arquitecto pasa por el mismo itinerario. Otra dificultad surge espontáneamente ante esta nueva posibilidad: porque, como dice el refrán, el hombre es mal juez en sus propias cosas. Cuando está en juego su propia persona, mucho más cuando se trata de sus propias creencias, ¿cómo se le puede pedir objetividad a una valoración personal sobre uno mismo? De nuevo aquí tenemos la imagen de Querry que Querry nos presenta. Tenemos de otro lado la imagen de Querry que otros nos ofrecen. Pero, en definitiva, ¿cuál es la imagen que Dios tiene hecha de Querry? Es decir, ¿cuál es la verdadera imagen de Querry? Dios lo sabe. Ni el autor, ni el protagonista, ni nosotros mismos podemos llegar a conocerlo.

c) La muerte del protagonista:

“Absurdo, dijo Querry, esto es absurdo o... pero qué alternativa, filosófica o psicológica, tuviera él en la cabeza, nunca llegaron a saberlo.”
Puede ser la conversión —en el piadoso y confortable sentido en que algunos piadosos y confortables novelistas se sacan de la bocananga de su piedad y su confort en

cada final de novela—. Puede ser... Dios lo sabe. Este caso perdido, en opinión del Dr. Colin, estaba ya superado. Se había curado. Profesión, amor, Dios, es el triple desencanto que lleva a Querry a enterrarse en la leprosería. Pero no por causa de ningún tipo de remordimiento, sino por simple y liso asqueamiento, cansancio, saturación. Él mismo lo confiesa taxativamente: “Nunca he sentido remordimiento. Jamás. Todos ustedes exageran demasiado las cosas. Uno puede sentirse cansado de un sentimiento determinado igual que puede sentirse cansado de una profesión, por un proceso enteramente natural.” ¿Cuál era entonces la segunda parte de esta disyuntiva comenzada en la boca de un moribundo y nunca solventada? ¿Absurdo o qué? En la interpretación, en el significado que adjudiquemos a ese qué radica una de las interpretaciones que le podamos adjudicar a esta novela.

d) Oscuridad, única cosa clara:

Graham Greene ha pretendido la ambigüedad. Eso es lo único claro que se saca de su obra. Uno recuerda, siempre que se presentan estas ocasiones, aquella maravillosa película del sueco Bergman que se titulaba *Winter Light*. En los Estados Unidos aquella obra de arte pasó desapercibida porque, por lo que a la masa se refiere, hay tan sólo dos tipos de película que no pasan desapercibidas: la comedia musical y el western. *Winter Light* crea también en su final un clima de aguda e insoluble interrogante. La acción final del Pastor lo mismo puede ser una blasfemia de conformismo, realizando actos sagrados en los que ya no cree, como un acto heroico de fe al seguir creyendo y esperando contra toda esperanza, en plena noche oscura del alma y del sentido. Esto es impresionante. Tan impresionante como las novelas de Greene. Tan impresionante, tan estremecedor, tan sobrecogedor, como la lucha íntima, para todos desconocida, que se libra en el alma de cada cual entre el bien y el mal, entre la gracia y el pecado, entre Dios y Satanás. Tan sobrecogedor, tan estremecedor, tan impresionante, que uno suspende su juicio, anonadado ante la magnitud del suceso, ante lo impenetrable del misterio. ¿No nos querrá decir Graham Greene esto sencillamente? ¿No serán to-

das sus novelas una requisitoria fenomenal a nuestra estupidez, a nuestro atrevimiento, a nuestra insustancialidad?... Sólo Dios conoce los corazones. Ni los demás. Ni siquiera nosotros mismos el nuestro propio. Por tanto, a Dios tan sólo el juicio. Porque una novela de Graham Greene es casi tan difícil de interpretar como el más pequeño de los actos humanos, cargados de sentimientos, de racionalizaciones, de inadvertencias, de presiones interiores y exteriores... No juzguéis por las apariencias, nos dijo el Maestro. No juzguéis por las apariencias, nos repite Graham Greene en *A Burnt-out Case*. ¿Quién sino Dios sabe lo que sucede en el corazón de cada cual?

Porque ‘es difícil determinar un hecho. Es mucho más difícil precisar la imputabilidad moral del causante de ese hecho. Esta no se revelará del todo hasta que venga el Señor en el último día ‘que iluminará los escondrijos de las tinieblas y hará manifiestos los propósitos de los corazones, y entonces cada uno tendrá el pago de Dios’ (I Cor. 4, 5). Los hechos pueden ser juzgados. Al hombre jamás podemos juzgarle. El Dios de Vittorio Calvino, aquel espléndido Dios vestido de gris y con bastón, aquel Dios misericordioso de *La Torre y el Gallinero*, debe irrumpir en nuestro corazón en el momento en que empezamos a juzgar a un hombre. Y quedaremos sorprendidos, delante de nosotros mismos, como un ladrón, como un ser miserable. Es mucho más raro de lo que pensamos el pecado por malicia. El hombre peca de ordinario por flaqueza —yo creo que fundamentalmente por miedo—, por sangre viciada, por ignorancia más o menos invencible, por desconocimiento práctico del inmenso afecto que Dios le profesa. Si el hombre peca, la mayoría de las veces es porque se siente solo, porque se encuentra sin cariño. Por eso.”

Algo de esto, no es poco, viene a decirnos Graham Greene. Oscuridad, complejidad del alma humana: esa es la única cosa clara que nos viene a decir el formidable novelista inglés. La consecuencia es obvia: no juzguemos y no seremos juzgados. No juzguemos por las apariencias. Sólo Dios conoce. Sólo Dios, por consiguiente, puede juzgar. *A Burnt-out Case*: volvió Graham Greene más greeneano que nunca.●